

esos sus propios correligionarios vienen tambien confesando el Primado del mismo Apóstol ¡Pobre Sr. Amador!

Veamos, por último, y lo mas brevemente posible, si anduvo menos desgraciado al decir sin pruebas, ó algo que lo parezca, sino así, *ex-cátedra*, que la infabilidad es un absurdo.

Es casi una redundancia el investigar si el Sumo Pontífice y la Iglesia son infalibles en materia de fé y de costumbres, probada una vez, como yo creo haberlo hecho, la supremacia del Vicario de Jesucristo. Una cuestion entraña la otra. ó mas bien, esta es consecuencia indeclinable de aquella. Si es cierto que el Divino Salvador estableció una iglesia que habia de durar, como el mismo lo dijo, hasta la consumacion de los siglos, si lo es igualmente que no quiso, (y solo el pensarlo es hacerle una horrenda injuria) dejarla abandonada al viento de toda doctrina; si es en fin un hecho incontestable que depositó en las manos de su Vicario sobre la tierra el timon de esa nave sacrosanta y el callado del Pastor, debió concederle por una ilacion extrictamente lógica, su asistencia y la del Espíritu Santo; pues de lo contrario, el gefe supremo de la Iglesia no habria podido dar ni un paso seguro, ni guiar á sus gobernados, *ni confirmarlos en la fé*, cuando el mismo necesitaba de ser confirmado, ni señalar, en una palabra, cual era el buen ó mal pasto al inmenso rebaño que se le habia encomendado: todo lo cual equivale á decir que Jesucristo invistió á un hombre de la mas grande y difícil mision que puede concebirse sobre la tierra y luego lo abandona á sus propias fuerzas, es decir, á la impotencia, á la fluctuacion, al error, porque tal es la condicion del hombre; que le dice formalmente que *rogará á su Padre celestial para que no falte su fé* y que sin embargo lo engaña; que..... basta; la pluma se resiste á estampar tantos absurdos como se seguirian de negar al Pontífice romano la infabilidad. Mas no. Jesucristo estará con la Iglesia, y por consiguiente con su cabeza, *hasta la consumacion de los siglos*. El mismo ha empeñado su palabra, *y todo pasará, los cielos y la tierra, menos la palabra de Dios*.

Mas ahí está, objetareis, la Escritura como única regla de fé, y los *libres pensadores* para interpretarla y entenderla á las mil

maravillas. ¡Los libres pensadores! ¡Oh! Tened cuidado con lo que decís, porque pronuncias vuestra propia sentencia. Mirad á esos *libres pensadores* de todos los países protestantes lo que han hecho con la Escritura Santa. Sobre una sola parábola del Evangelio, la del injusto administrador doméstico de que se habla en el Evangelio de San Lúcas, cuenta el doctor Tiess (1) protestante, *ochenta y cinco interpretaciones distintas, y ciento cincuenta de un solo versículo de una Epístola de San Pablo*.

¿No es verdad que eso prueba admirablemente la inalterable uniformidad que allí conserva la fé cristiana? Si no temiera hacer mas empalagoso este escrito, citaria aquí mil hechos históricos, confesados por los mismos protestantes; hechos que vienen á patentizar hasta que abismo de degradacion llega la razon humana cuando en su necio orgullo desconoce todo saludable freno, toda otra autoridad que no sea la suya propia. [2]

Ni puede ser de otra manera: por mas triste que sea el decirlo, por mas que nuestro amor propio se ofenda, ello es cierto que, no yo y tantos otros que tan poco valemos, los hombres superiores, los talentos mas privilegiados, despues de haber ido en pos de lo que llamamos el saber humano, despues de haber visto su camino sembrado de triunfos, de haber oido los atronadores aplausos de una multitud que embriagaban con el poder de su palabra; despues de todo esto, vedlos cómo inclinan su frente abrumada de laureles para esclamar tristemente: *Solo una cosa sé bien, y es que nada sé*. Y esa se ha reputado la mas grande sentencia de un sabio.

(1) De la incompatibilidad del poder espiritual profano, p. 12 nota 14.

(2) Si alguien ignora esos hechos los hallará descritos por Callaghan, protestante, citado por el Sr. Balmes, 1. 2, cap. VII del Protestantismo: allí verá, entre otras cosas, las atrocidades cometidas por Juan de Leyden en Munster, á la cabeza de una turba de fanáticos, porque su juicio privado halló en la Biblia que las leyes humanas eran un perpetuo ataque á la libertad cristiana. El gefe de esos furiosos se proclama rey de Sion y toma catorce mugeres, porque la Biblia autoriza la poligamia y es un privilegio de los santos.

¡Y quereis que las pobres medianías, que los infinitos ignorantes que componen todos los pueblos, no tengan mas guía que *su razon*, que su juicio privado en materias de fé! ¡Quereis que todo marche perfectamente con solo poner la Biblia en sus manos, cuando son innumerables las gentes del pueblo que no saben ni leer; quereis que todos la comprendan como el libro mas llano y claro, cuando el mismo Jesucristo dice: “á ellos [los simples fieles] todo debe tratárseles por parábolas, para que *viendo vean y no vean; y oyendo oigan y no entiendan*. Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero en la actualidad, *ni vosotros mismos* (los apóstoles) sois capaces de comprenderlas; cuando venga el *Espiritu de verdad*, él os enseñará todas las verdades!” [1]

No, mil veces no: el hombre, no obstante su orgullo y engrandecimiento, y sus progresos materiales, y el ruido de sus máquinas, y el humo de sus ferro-carriles, y sus buques de vapor, no será nunca mas que el hombre, á quien el vapor y el humo desvanecen; el hombre á quien sus debilidades, sus miserias y sus errores no dejan que pase de ser siempre mas que *un niño grande!*

¡*Los libres pensadores!* Dejemos en paz á ese vulgo de libres pensadores, que se miran y se contonean como hermosos pavos: no les pidamos nada, ni sus bellas plumas: pidamos su opinion al mas distinguido caudillo de esa brillante falange, al célebre Juan Jacobo. ¿Qué nos dirá? Escuchad: “Si yo hubiera nacido católico permanecería siempre católico; porque sé bien que vuestra Iglesia pone saludable freno á los extravíos de la razon humana que no encuentra ni fondo ni ribera cuando quiere sondear el abismo de las cosas, y porque estoy tan convencido de la utilidad de este freno, que yo mismo me he impuesto uno semejante, prescribiéndome para lo restante de mi vida algunas *reglas de fé*, de las cuales no me permito separarme..... Y os juro que no estoy tranquilo sino desde que he hecho esto, bien persuadido de que sin semejante precaucion no lo hubiera estado

(2) Marc. c. IV.

nunca. Os hablo, señor, con toda la efusion de mi alma, como podría hacerlo un padre á su hijo.” (1)

La razon, pues, el Evangelio, la historia, los propios defensores de la completa emancipacion del espíritu humano, vienen á confesar esta verdad católica que tan absurda halla el Sr. Amador: es necesaria una autoridad infalible que regule el vuelo de nuestro espíritu, sin que por eso lo apoque ó lo aprisione en lo mas mínimo. Marchar á la luz de ese fanal inestinguible que nos muestra en su mano la Iglesia católica, es marchar bien, en línea recta y sin perderse nunca. Marchar, llevando por guía á nuestra vanidosa razon, es andar á ciegas por mil sendas tortuosas, es extraviarse y volver al paganismo: es retrogradar diez y nueve siglos.

Reasumamos.

¿Quién es el Papa?

Es Pio IX,..... es..... San Pedro. El último anillo de esa cadena no se diferencia en nada del primero: la persona moral es la misma: un católico del primer siglo no cree ni mas ni menos de lo que nosotros creemos: la fé es inmóvil como la eternidad.

¿Quién es el Papa?

Es aquel cuyo trono, único en el mundo, no está sentado como el de los demas reyes, sobre arena, para desmoronarse ó hundirse despues de un dia: ahí está hoy con diez y nueve siglos de existencia que no han podido abrumarlo ni envejecerlo. ¡Oh no! en pié siempre; con la frente levantada y lleno de juventud, de valor y lozanía.

¿Quién es el Papa?

Es aquel genio bienhechor que la Providencia ha destinado para velar sobre los pueblos, para que impida que el mundo vuelva á la barbarie, para que conserve y haga marchar con su potente brazo á la libertad, á las ciencias, á las letras, á las artes, á la civilizacion.

¿Quién es el Papa?

Es el primero de todos los obispos, el primero de todos los re-

(1) Cartas, tomo XXXI, p. 153.

yes, el primero de todos los hombres; el Pastor á cuyas plantas se postran doscientos millones de católicos para que los bendiga y los aliente en la fé; el Gefe de esa comunión religiosa que se extiende del uno al otro confín del mundo.

¿Quién es el Papa?

Es aquel que tiene del cielo la salvadora mision de corregir los extravíos del entendimiento humano, de amonestarle como Padre y de condenarlo como Juez; es el que desde el Vaticano, como una centinela de Dios, observa la marcha de los siglos, el vaiven de las olas de este mundo, que unas veces van humildes á besar sus piés, gimiendo mansamente, y otras se levantan, amenazadoras, terribles, intentando sumergir á Roma y al Pontífice, sin conseguirlo nunca; y es aquel, en fin, sobre cuya augusta cabeza se digna batir sus alas el Espíritu de Dios, para que sus juicios en materia de dogma y de costumbres sean infalibles.

¿QUIÉN ES EL PAPA?
ES EL ROMANO PONTÍFICE A QUIEN DEBEMOS ENTE-
RA OBEDIENCIA.



ADVERTENCIA.

Héme aquí ya frente á frente de esos *Retratos de los Papas* que con tan negros colores nos pinta D. Juan Amador. Voy á examinarlos uno por uno, cotejándolos con los que veo en la historia y á mostrar con ella en la mano toda la mala fé, todas las inexactitudes, toda la vileza con que ha procedido en sus desgraciadas caricaturas el Sr. Amador. Con la historia en la mano he dicho. Sí, yo no consignaré ningun hecho bajo mi palabra: nada aseguraré sin que lo halle unánimemente asegurado por los historiadores eclesiásticos, por los profanos y hasta por los enemigos del catolicismo: citaré sus obras, sus nombres y á veces hasta la página del tomo donde se encuentre lo que diga, para que el Sr. Amador y todo el mundo puedan, si quieren, evacuar las citas.

Y esto es, á lo que creo, hablar con lealtad y sin miedo.

Cuando halle una mancha, donde quiera que sea, la confesaré y la haré ver, sin confundirme ni escandalizarme por tal cosa. Mis propias debilidades y miserias me hacen tolerante con los demás, y solo me admira la virtud. El Sr. Amador se halló sin duda inmaculado y por eso *arroja la primera piedra*. Y además, tal y cual mancha á inmensas distancias una de otra, no empaña en nada el lustre de ese cuadro magnífico del Pontificado, máxime cuando esas sombras, si las hay, no oscurecen al Pontífice sino al hombre, como lo dije anteriormente.

Dicho se está como voy á emprender este trabajo. Es penoso, se lo confieso al Sr. Amador, el imponerse la tarea de consul-

tar los libros para no ir uno á escribir y creer á pie juntillas lo primero que nos cuente un pedante ó un escritor apasionado y malévolo. Pero así es necesario obrar cuando se escribe para el público, á fin de que, si se conserva algun pudor, no venga nadie á arrojarnos á la cara un MENTIS. El Sr. Amador refiere las cosas sin dignarse decirnos de que fuente las ha bebido. ¿Tendria vergüenza de hacerlo por no desacreditar su *Despertador* con un nombre execrado y proscrito del tribunal de la crítica sensata? Salpica á veces su narracion *histórica* de *graciosísimas* ocurrencias, de satíricos y lúbricos cuentecitos de mozo de cordel, y de tarde en tarde cita, es verdad, algun respetable historiador, pero sin tomarse la molestia de señalar la obra ó el lugar donde *dijo* lo que le *hace decir*; siquiera para que no vaya por ahí algun maligno á aplicarle la fábula aquella de Iriarte (El Cazador y el Huron) que termina así:

Cualquiera pensaria
Que este avisc moral
Seguramente haria
Al cazador gran fuerza; pues no hay tal.
Se quedó tan sereno
Como ingrato escritor
Que del auxilio ageno
Se aprovecha, y no cita al bienhechor.

Baste de preámbulos y acerquémonos al retrato de San Pedro, primer cuadro del Sr. Amador. Solo olvidaba advertir (y perdónenme los lectores si abuso de su paciencia) que mas de una vez surgirá de la materia que vaya tratando, alguna otra de dogma, de disciplina ó de otra cosa, y no lo veré mas que de paso por no hacer interminable este trabajo. Puede, empero, el Sr. Amador llamarme á ella aisladamente y verá que nunca rehuso la discusion.

SIGLO I.

SAN PEDRO.

Comienza el Sr. Amador diciendo.

Determinados á recojer bajo un solo punto de vista las acciones de los Papas mas notables, no podemos menos que *sobreponernos á las opiniones mas generalmente acreditadas con relacion á San Pedro.*

O ni el mismo Señor Amador entiende lo que dijo, ó confiesa paladinamente que va á mentir con el mayor descaro. *Va á sobreponerse á las opiniones mas generalmente acreditadas.* Muy bien: es, no cabe duda, un modo muy peregrino de inspirar confianza á los lectores, de probar que lo guía la buena fé y el deseo de hallar la verdad. ¿Cómo no, si va á contarles, no lo que que está *mas generalmente acreditado*, es decir, lo que merece aquí y en Francia, y en Aragon, y en China, y en todas partes, *generalmente*, mas crédito, sino lo que á él, á Amador, le venga á las mientes, puesto que va á *sobreponerse á lo que todo el mundo acredita*? Es una preciosa confesion que no olvidaremos, aunque sea involuntaria, porque no se concibe que un hombre en su sano juicio, escriba que se propone mentir: los mayores impostores, como Mahoma, no lo dicen, y con razon, porque luego hasta los mas necios se burlarian de ellos. El Sr. Amador, pues, querria decir otra cosa, que sé yo cuál; pero *salió* todo lo contrario de lo que pensó.

La verdad, continua, es una cosa tan respetable y divina, que Jesucristo mismo dijo &c. Si sabe que es tan respetable la verdad como una línea antes dice que va á despreciar lo que está *mas acreditado*, esto es, lo que tiene por lo menos mas visos de verdad? Él mismo se acusa y se juzga. Para que hubiera algun enlace en lo que va escribiendo y asentando, para que no sea tildado de inconsecuente, debia haber continuando así. en tono de pedagogo